

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

N.º 59

MADRID 21 DE SEPTIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



FERIAS.

COSTUMBRES.

FERIAS.

Tan tan... Vean Vds. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuanto raso, pues su trabajo le ha costado tan ganarlo que á su padre no... tan tan.

EL CURIOSO PARLANTE — Las ferias.

No es á las que se albergan bajo las crujeas de San Bernardino, situadas otros años en la hermosa calle de Alcalá, y que el presente, han tenido la ocurrencia de colocar en la de Atocha, sitio el menos á propósito de Madrid para este objeto, á donde voy á conducir á mis lectores, tampoco pienso llevarlos por esas calles á ver curiosidades, revolviendo trastos viejos, cogiendo polvo y cayendo tal vez en la tentación autojándoseles alguno de los infinitos cachibaches, á cual mas descabalados y roñosos, que en diferentes mesas y tabladitos, salen á retuir cada año. de todo esto ha hablado ya el chistoso autor citado, y fuera atrevimiento añadir una letra á cualquiera de los asuntos pintados por su afortunada y exacta pluma.

Así como los niños quieren de ferias un tambor ó una trompeta, las muchachas una libra de acerolas ó azofaifas, el empleado la misma cantidad de melocotones de Aragón, la novia de lugar un catre de la calle de la Magdalena, el literato alguna obra útil y barata; así tambien las señoras desean que los maridos suelten sus cuartos en las tiendas de la calle Mayor ó del Carmen, y las ferien alguno de los muchos objetos de su gusto, que en esta temporada con mas profusion que en cualquier otra, se colocan á la vista de los transeuntes. Para conseguir este objeto saben poner en juego toda la amabilidad y coquetería que está á su alcance, y aunque no siempre, muchas veces lo consiguen, empleando ademas otros incontestables argumentos, tales como el haberse concluido el verano, la venida no muy lejána del invierno, y la necesidad de cambiar de ropa ligera, por la de abrigo; valiéndose tambien de los ejemplos y citando el de fulanita y menganita, á quienes sus esposos han feriado esto y lo otro y lo otro y lo de mas allá, y en el caso de una obstinada resistencia, se emplean las lágrimas, y aquello de «todas son mas felices que yo» hasta que te proponga una cosa para que me la niegues» esto dá por resultado una ganancia mas que mediana á los dueños de las tiendas, que tienen buen cuidado de surtir sus almacenes en la temporada de ferias, de los géneros mas nuevos y variados.

A estas ferias es á las que deseo me acompañen mis lectores: coloquémonos en un rincón de cualquiera de las elegantes tiendas de la calle del Carmen; enterémnos ante todo del lujo de sus adornos de sus magníficos espejos, de sus lindos escaparates góticos, de sus bonitos techos, de sus preciosas arandelas y cómodas banquetas de terciopelo; ocupemos una de ellas, y de este modo observaremos con mas comodidad aquel grupo de señoras que está á la puerta, aumentando el número de las caras bonitas, feas, jóvenes y viejas, que ya ocupaban una buena parte del mostrador, es de ver todas estas fisonomías, en que se pintan la admiración que causan los chales plegados artísticamente, las piezas de telas cruzadas con gusto unas sobre otras; escuchemos la conversacion del grupo recién llegado.

—Este vestido azul es muy bonito.

—A mí me gusta mas el color de rosa... el color de rosa me está tan bien...

—Ah! qué precio o chál!

—Si, tiene un dibujo muy lindo!

—Es un cachemir francés; mucho tiempo hace que he deseado tener uno así.

Esa señora suspira. Hay muchas que hacen lo mismo, siempre que entran en las tiendas; sabe Dios que ideas les pasarán por la cabeza. Los escaparates están llenos de telas tan preciosas, tan seductoras, tan incitativas! y despues hay hombres tan atrevidos que ofrecen todas estas cosas, y maridos tan roñosos, que, déjelo Vd. estar...

Abandonemos á nuestro grupo y examinemos las demas personas que hay en la tienda.

Allí está una vieja rica, que acaba de comprar dos varas de percalina de á dos reales, despues de pedir parecer á su hermana y á su nieta, y de haber hecho desenvolverse sobre el mostrador piezas de todas las clases de percalinas que hay en el almacén.

Aquí viene una elegante señora del brazo de un jóven; no hay que dudarlo, á la legua se conoce que son recién casados. Ninguno quiere comprar nada sin pedir parecer al otro. El marido necesita un pantalon, la muger un vestido. Sacan cortes de pantalones y el esposo despues de encargar á la esposa que se siente, (sin duda para que no se frustren sus esperanzas) la dice:

—¿Cuál es el que mas te gusta de todos estos?

—Pero hombre, escoge tú, puesto que es para tí.

—Oh! lo mismo dá, yo quiero que sea á tu gusto... ademas de que á mí me agrada siempre lo que á tí te parece bien.

—Pues tú mira estos cortes de vestidos; ¿cuál me aconsejas que tome?

—Yo no entiendo de eso.

—Si, si, yo quiero que tú escojas; y tomaré e que te parezca mas bonito.

Despues de largos debates, el marido escoge el vestido de su muger; la muger el pantalon de su marido. Resultado: que la muger queria un traje de color de pensamiento, y su marido le ha escogido verde manzana, que este queria fuera listado su pantalon, y la esposa le ha elegido con cuadros; sin embargo procuran aparecer contentos, y marchan con sus compras.

Observemos á la muger que ocupa el puesto de la pareja que se marchó: emieza hablando á voces y moviéndose sin cesar, se dirige á uno de los que despachan, y le pide tela como la muestra que trae en la mano; van enseñándola sucesivamente 20 piezas diferentes y siempre dice:

—No, no; esta es mas oscura, ó por el contrario, es mas clara.

Despues de haber puesto á prueba la paciencia de los mancebos por espacio de media hora, cuando la tal muger cree haber dado con lo que buscaba, pide media cuarta.

REVISTA DE TEATROS.

En la madrugada del miércoles ha regresado de Andalucía la distinguida actriz doña Matilde Díez.

Tambien ha regresado de Zaragoza el señor Romea (don Florencio)

Dentro de pocos dias debe leerse en el teatro de la Cruz una comedia titulada *Ni tú ni yo*, original y en verso de un jóven ya conocido por sus producciones en los teatros de Andalucía.

Para el beneficio de don Julian Romea, escribe á la sazón un conocido literato, un drama cuyo principal personaje es el ilustre capitán Gonzalo de Córdoba.

Segun asegura el *Bien del pais*, don Ventura de la Vega ha resuelto ceder á beneficio de Sevilla el premio obtenido por su oda á dicha ciudad. ¿Qué apostamos á que no se lo cede?



MACIAS EL ENAMORADO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

(Continuacion.)

Al verle Elvira dió un grito de sorpresa, cayendo desmayada al mismo tiempo, y el doncel, encarándose con el de Vadillo, trabó un duelo terrible con él, un duelo á muerte.

Sí, era una lucha de hambrientos tigres que ansiaban devorarse el uno al otro, era una lucha que debía terminar con el fin de uno de los dos rivales, si no de ambos....

Los ojos de Hernan Perez, cual los de Macías, centelleaban como brasas, y parecia que ambos querian tragarse con ellos.

— Rival maldito, hasta que no te vea muerto no te perdonaré nunca, gritó el de Vadillo hiriendo en la mejilla á su adversario.

Al ver Macías correr su sangre rugió como una fiera, pero tuvo la fortuna de atravesar á su contrario.

— ¡Maldicion! gritó este cayendo envuelto en su misma sangre.... y pocos momentos despues Elvira volviendo en sí, se encontró con Hernan Perez que yacia sin conocimiento á su lado.... — Todo lo comprendió.

III.

Habian transcurrido cuatro meses, cuando una mañana el de Vadillo entró en la cámara de don Enrique, y sentándose junto á él, le dijo:

— Señor, acordaos de aquella noche en que doña Maria...

— ¡Teñe, Hernan Perez!... exclamó el gran maestre de Calatrava estremeciéndose al recuerdo de su difunta esposa.

— Pues bien, marqués; aquella noche vine Macías; y ese hombre maldonado, despreciando los sagrados lazos que me unen con Elvira, entró en su habitacion, y... yo no sé lo que pasó entre ambos, pero cuando entré estaban abrazados.

— Abrazados!...

— En seguida hubo un duelo entre el doncel y yo, del que resulté vencido...

— Y vo al saber tal mandé prender á Macías y encerrarle en una torre del castillo de Aljónilla.

— No basta eso, porque aun así él escribe trobas y ella las lee, y yo no estoy vengado como deseo.

— ¿Qué quieres, pues?

— Quiero que ese doncel, nacido para mi infelicidad, muera dentro de pocos días: acordaos, don Enrique, que aquella noche en que murió doña Maria me ofrecisteis concederme cualquier favor que os demandase.

— Y os lo concedo.

— Aun hay mas, quiero yo mismo tener la gloria de matarle, de ahogar con mis carcajadas sus clamores de agonía....

— ¡Tú!

— Yo.

— Bien.

— Di si os conceda mil favores.— Don Enrique de Vadillo, hasta la vuelta.

— ¡Ya te vas!

— Ya, porque el afan que tengo de venganza corre mi corazon como el torcedor de un reo.

— Entonces hasta la vuelta, repitió don Enrique, y no olvides á lo que vas...

— No, por Cristo, dijo el de Vadillo saliendo

de aquella estancia, y luego que el marqués se vió solo entró en un aposento reservado que tenia y en el que, segun el vulgo, hacia sus conjuros de nigromántico.

COSTUMBRES.

COSAS DE ESTE SIGLO.

(Continuacion.)

«Entonces senti en mis venas hervir la sangre castellana, y rompí para siempre mis relaciones sociales con aquel inglés altanero. Continué, sin embargo, correspondencia activa con Carolina, escribiéndonos á todas horas y haciéndonos nuevos juramentos de fidelidad y constancia. Su abuelo, para quitarle todo medio de verme y recibir noticias mías, se la llevó á una quinta que comoró á las inmediaciones de Paris, prohibiéndola tener absolutamente contacto conmigo, ni de palabra, ni por escrito. Terrible empeño formé yo entonces al ver la descabellada resolucion del vejstorio, enjendrando nuevo apetito la privacion en que me veia de saber á cada instante de mi tierna Carolina; y juré en nombre de mi agostada patria vengarme con terrible represalia de todos los ingleses del mundo.

«Carolina me dió parte de la situacion en que se encontraba: su abuelo habia dado órdenes rigurosas para que nadie entrase en la quinta, y á las inmediaciones de mi amante puso otra joven de su mismo nombre y edad, que espiaba todas sus acciones y daba parte al viejo de cuanto la meta hacia. A pesar de todas aquellas dificultades, yo sabia de mi amante por un inglés jardinero de la casa, comprado con oro español, en la misma forma que ellos lo han hecho con nosotros cuando importaba á la trama de sus intereses. Todas las noches llegaba yo de Paris á la quinta para saber de mi Carolina, y muchas de ellas hallaba rondando las tapias de los jardines un joven militar, que suspiraba por el Argos de mi querida y cantaba al pie de los torrentes de aquel encantado castillo trovas llenas de amor y sentimiento.

«Tiranzada crue mente por su abuelo la infeliz Carolina, me escribió un dia desesperada, pintándose con negros colores los sinsabores que pasaba y lo resuelta que se veia á poner fin á una existencia atrastrada con tristísimos padecimientos. Trabajó infinito para tranquilizar su espíritu, y por último conseguí se resolviese á escaparse conmigo, rompiendo para siempre las duras prisiones que oprimian sus hermosos brazos.

«Tomé una silla de posta y me encaminé ya anohecido á la quinta del raposo inglés, determinado á no tornar á Paris sin llevarme el caro objeto de todos mis deseos. La noche se presentaba oscura por demas, cubierta la atmósfera de espesos nubarrones y batiendo el huracan con tenebroso ruido las copas de los árboles. Espantosos relámpagos, desprendidos de las nubes con tristísimos fulgores, iluminaban de cuando en cuando la campiña, y daban á la escena un aspecto siniestro y melancólico. De repente, chocando las nubes con violentos sacudimientos, empezaron á desgajarse en torrentes impetuosos, cuyas aguas llevaban en pos de sus raudales piedras y árboles, animales y hombres. Para guarecerme de aquel torbellino de encontrados elementos, salté las tapias de la quinta y me amparé de

un cenador que se hallaba al extremo de la huerta; pero apenas habia entrado en su recinto, sentí unos pasos precipitados que seguian las huellas de los míos. Creí que Carolina, á quien esperaba hacia un rato, habiéndome visto á la luz de los relámpagos saltar las murallas de sus jardines, vendria á encontrarse conmigo para que nos marchásemos. Con estas ideas la llamé por lo bajo: «Carolina, aqui estoy.» «¡Sí! ¡Carolina! gritó con acento colérico la persona que me seguia.» «¡Al fin caiste en mis manos, hombre cobardel!» y desenvainando una espada me acometieron con frenesí, tirándome de muerte. Yo no llevaba mas armas que una pistola, que por prevención habia cogido para defenderme de algun ratero; pero no hacé en hacer uso de ella contra el imprudente que así llegaba á morir entre mis manos.

«Rompiéronse las nubes con una esplosion terrible al disparar yo la pistola, y el trueno de la tempestad atmosférica impidió que se oyese el estallido de mi arma. Cayó en el suelo con un ¡ay! lastimoso el cuerpo de un hombre, y en el mismo momento se presentó Carolina á la puerta del cenador, azorada y llena de cariñosa inquietud. «¡Enrique, marchem s pronto! gritó mi amante: «¡marchemos, porque los tiranos me persiguen sin cesar!» «Mira mi amor, mira; uno de tus perseguidores se encuentra ya mordiendo el polvo.» Un relámpago fatidico arrojó en aquel momento sus claras luces sobre nosotros. «¡Desgraciado! ¿qué has hecho?» Carolina huyó horrorizada de aquel sitio en cuanto vió el cadáver del joven oficial, que tantas veces yo habia encontrado rondando las inmediaciones de la quinta. Pocos minutos pasaron y Carolina y yo marchábamos á todo escape á ocultar en Paris nuestros amores y delitos; y ocho dias despues ya habia yo atravesado el elevado Pirineo, mirándome en mi querida patria libre de aquella policia que tanto separece al Consejo de los Diez, opresor de Venecia por los años 1300 y sucesivos.»

— Vaya, Enrique; dijo Eduardo á su amigo viéndole acabar la historia de sus devaneos. Tu aventuras han pasado el círculo de lo natural. Su pongo que mañana me presentarás á esa hermosa Carolina....

— ¡Cá! si no es ella la que se ha venido conmigo.

— ¡Cómo!

— Tronamos por celos á los cuatro dias de habernos reunido, y me enamoré seguidamente de la sobrina de un antiguo militar que sirvió en la guardia de Napoleon. Carolina volvió á consolar á su afligido abuelo y á estas horas habrá hecho un casamiento ventajoso.

— ¿Luego, esta otra joven?

— Se llama Malvina, y hace dias que está suspirando por verse en los brazos de su tío, porque dice que mis desvios... yo en esta parte soy compasivo y pienso darle gusto. Por otra parte, estas cargas para un hombre en su edad mas florida son insufribles, y...

En aquel momento se abrió la puerta del despacho de Eduardo y entró su esposa con la niña Sofia, cambiando con su presencia la conversacion de los dos amigos. Dejaremos á estos personajes en sus conversaciones familiares para hacer descansar á mis lectores de la pesadéz de este cuentecillo.



TEATROS.

CRUZ.

A las 8 de la noche.
Se pondrá en escena la famosa comedia en tres actos, de don Pedro Calderon de la Barca, refundido por don Dionisio Solís: muchos años ha no representada y cuyo título es

EL ESCONDIDO Y LA TAPADA.

Intermedio de baile nacional.
Terminando la funcion con el divertidísimo sainete de don Ramon de la Cruz, titulado

EL BEMENDON Y LA PRENDERA.

PRINCIPE.

A las 8 de la noche.
1.º Sinfonia de la Mutta di Portici
2.º Se pondrá en escena la siempre aplaudida comedia en tres actos, arreglada á nuestro teatro por don Ventura de la Vega, titulada,

A muerte ó á vida, ó la escuela de las Coquetas.

PERSONAJES. ACTORES.
Duquesa. Sras. Díez.
Doña Angela. Llamadrid.
Marquesa. Llorente.
Doña Isabel. Valero.
Una doncella. Sierra.

General. Sres. Romea (D. J.)
Don Fernando. Romea (D. F.)
D. V. Rompelanzas. Guzmán (D. A.)
Don Luis. Garcia.
Un Lacayo. Paris.
Un criado. Fera. (D. J.)
Otro lacayo. Ornedo.

En la que la primera actriz doña Matilde Díez tendrá el honor de volver á presentarse al publico. El primer actor don Antonio de Guzman desempeñará el papel de don Valentin Rompe-Lauzas.

5.º Gran sinfonia del Guillermo Tell.
4.º La inglesa: paso bailable por los niños doña Petra Padilla, don Savina Moreno, don Francisca Prieto, don Angel, don Antonio y don Andres Estrella.

5.º Rondó final de Lucia de la Memmo arreglado para instrumental.
6.º Terminara el espectáculo con el acreditado sainete de don Ramon de la Cruz, titulado.

El Carco de los majos.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

LUCREIA BORGIA.

Opera seria en 3 actos.

IMPRENTA DE BOIX.